

Don Miguel había hecho un hábito de escapar de sus prisiones con la imaginación, ya que de otra forma no podía, y daba en conjeturar las trazas de su vida si la fortuna le sonriera y la suerte se enmendase. Es el caso que en los crudos tiempos de Argel, cuando por castigo yacía sepultado en una mazmorra oscura hasta un mes de corrido, sin saber de noches ni de días ni ver ni hablar con nadie, de lo que muchos cautivos se volvían locos, él trazó la manera de conservarse cuerdo y ocupaba su mente, para quitarla de desvaríos, en pensar largas historias e imaginar sucesos en los que él mismo era el principal personaje, y en novelar su vida como le hubiera gustado que fuera. Con lo cual, repartiendo papeles a sus conocidos según grados de amistad o aversión, unos eran sus camaradas y otros sus envidiosos enemigos, y al final quedaban recompensados los unos y castigados y burlados los otros. En este juego daba unas veces en pensar que era el soldado que en Lepanto mató al almirante turco Alí Pachá, al que se representaba gordo y bermejo, y él le cortaba la cabeza y la arrojaba al agua con turbante y todo. El cual turbante era de seda azul en unos sueños y en otros, bermeja, siempre adornado por un joyel como un huevo que valdría un patrimonio. Por esta hazaña don Juan de Austria le daba ejecutoria de hidalguía y lo nombraba caballero distinguido de su servicio, ascendiéndolo a capitán de la galera *Marquesa*, con la que, en poco tiempo, hacía tales hechos y hazañas que el rey lo llamaba a su corte y lo cubría de honores y noblezas. En este paso veía las caras de los envidiosos, los conocidos o los por conocer, todas tales como si les hubieran introducido una guindilla rabiosa por salva sea la parte, y luego tornaba al rostro severo y afable del rey y a su discurso solemne que tomaba en el punto en que le encomendaba el mando de trescientas galeras con las que conquistaba Túnez y daba libertad a los cautivos, parte que vivía desdoblado en dos

personas, por más emoción, de cautivo y de general victorioso. Otras veces variaba la historia y sin favor del rey ni de nadie que no fuera Jesucristo Nuestro Señor, escapaba de Túnez, matando a tres guardas y degollando al pachá de Trapisonda, estante allí a la sazón en visita de cortesía, y robando en el puerto un falucho liberaba a los remeros cautivos y a doncellas que se le rendían de amor y se hacía corsario, oficio en el que, por sus propias fuerzas, sin ayuda de rey alguno, por estratagemas y ardides, a cual más ingenioso, y batallas sin cuento donde probaba su valor y su piedad, se apoderaba de Túnez igualmente y lo ponía a los pies de su señor el rey Felipe, el cual, en agradecimiento, lo levantaba a las mayores noblezas y lo casaba con una sobrina suya, una morenaza de potentes caderas, muy reidora, o con una princesa de Flandes, trigueña, también hermosa, aunque un punto melancólica.

Estuvo, digo, doña Dorotea una buena pieza contemplando a don Miguel sin osar sacarlo de sus pensamientos, y mientras lo hacía lo miraba con ojos de mujer y lo encontraba de buen talle, aunque enjuto de carnes, y no mal parecido. Tenía nuestro hombre la barba entrecana y bien recortada, el pelo gris y escaso; la frente amplia; la nariz aguileña, la boca delgada, las orejas finas, señales todas de agudeza. La mirada tenía viva, que es marca de inteligencia, y algo vidriosa, que es indicio seguro de natural melancólico.

Doña Dorotea se descubrió el rostro y se acercó a Cervantes.

—Don Miguel —se presentó—, sabed que soy una devota de vuestras obras y estando de paso para Galicia me he detenido en Valladolid por conocerlo y servirlo en lo que se le ofrezca. De parte de mi amiga la duquesa de Arjona, que lo quiere bien, he traído algunos bastimentos para vuesa merced y su familia.

Salió don Miguel de sus pensamientos y miró a la muchacha con sus ojos mustios orlados de ojeras cárdenas.

—Beso vuestras caritativas manos y las de la señora duquesa —dijo—, pero no se me alcanza qué mérito tenga yo para merecer tal galardón.

—Don Quijote anda en bocas de la fama —respondió doña Dorotea—. Aún no hace medio año que salió al mundo y ya ha conquistado el corazón de las gentes. Se lee en las sacristías, en las universidades, en los cuarteles y hasta en los talleres de bordadores. Sus ocurrencias y aventuras hacen reír a los reinos de España, tan necesitados ahora de ánimo y contento, señor don Miguel, y mucha gente como yo lo bendice porque con ese pasatiempo sobrellevan mejor las lacerías de la vida, las bancarrotas, tribulaciones, sequías y calamidades.

—Me huelgo de oír que ese pobre fruto de mi imaginación sirve de algo —dijo don Miguel—, aunque más me gustará oírlo en mi casa o paseando por la Plaza Mayor que no en la cárcel, donde las manzanas podridas traen a las sanas para que se agusanen como ellas en la general vileza. También me hago cargo que pocas veces o ninguna viene el contento puro y sencillo sin ser acompañado o seguido de algún mal que lo turbe o sobresalte, y después de todo ya he aprendido a tener paciencia en las adversidades. Mucho os agradezco que me traigáis las albricias de este pobre hijo de mi entendimiento. Ya me lo han advertido algunos y hasta creo que el librillo anda de mano en mano, aunque otros me lo critican mucho porque la pérdida del rucio no queda clara. Pero pasad, señora, y conoced a mi familia.

Mucho más conversaron doña Constanza y doña Dorotea sobre los efectos del amor, así como las clases de hombres que el mundo encierra, plática que con ser interesante no he hallado recogida en autor alguno y por ese motivo no exployo en estas hojas.

Huyendo la tarde con sus ardores, doña Dorotea dijo:

—Prosigue, querida amiga, con el examen del libro morisco, te lo ruego.

—Lo más sabroso que contiene —continuó Constanza— es cuando describe el acto entre hombre y mujer.

—¿A tanto se atreve? —se admiró Dorotea.

—Ved, si no —dijo doña Constanza y leyó—: «La coyunda deleitosa se divide en tres acciones antes del acto, tres en el acto y tres después. La primera de las tres antes del acto es jugar con la mujer con todas las circunstancias del gusto que pueda, besando, abrazando y tentando, para que con esto se contenten y se apresten los corazones y pretensiones, de suerte que, alterados y encendidos en gusto, ella pida a su marido la obra y él la ejecute con denuedo».

—Muy sabio me parece —afirmó doña Dorotea—, que en mi escasa experiencia está que ellos van derechamente al objeto de su gusto sin cuidar del nuestro.

—Y cuando son maridos, son peores —observó doña Constanza—, porque dan por andado lo que anduvieron una vez al principio y pasan directamente al meollo, sin calentar el guiso. Pero dejadme que siga la lectura con la siguiente condición del antes.

—Que me place —dijo doña Dorotea.

—La segunda es el modo de ponerse: «En esto debe hacerse según el gusto de los ejecutantes. La mujer a cuatro pies o ella boca arriba y él encima mirándose las caras, o de lado como compás abierto prendido por el tornillo que une sus partes. Siendo todas las posturas permitidas, el galán discreto usará la que más guste a su enamorada y ella le dará gusto a él con la que sea de su agrado».

—Me parece muy en razón —dijo doña Dorotea—, pues de esa generosidad en lo íntimo se derivarán otras en lo público. Para vos ¿cuál es la posición más placentera?

—Aquella en que miro al benefactor y levanto las piernas para favorecerle la coyunda —contestó doña Constanza—. Aunque ponerme encima, la iglesia sobre el campanario, como dicen, es también muy gustosa.

Doña Dorotea, aunque menos ejercitada, convino en ello.

—Sigo con la lectura —dijo doña Constanza—: «Al tiempo de querer meter el miembro refregarlo en los labios de la raja porque se altere más ella y entonces meterlo con blandura y no con fuerza y con amor ejercitarlo dentro. Esa es la primera manera. La segunda es que se detenga él lo más que pueda antes de derramar hasta que lo hagan los dos a un tiempo, porque procede de esto quererse mucho».

—Muy en razón, también —dijo doña Dorotea.

—Y más adelante mirad lo que dice: «Cuando está a solas con su hombre haga la mujer lo que hace la más disoluta y cuando esté entre las gentes se comporte con extrema honestidad».

—Muy sabio y juicioso lo encuentro —aseguró doña Dorotea—. Lástima que en la cristiandad no tengamos consejos como estos, sino que todo es pecado, corrupción y penitencia.

Las dos mujeres conversaron luengas horas que a ellas se les fueron en un soplo, pero los autores de esta verdadera historia no consignan las otras razones que entre ellas hubo por ser de más delicado negocio ponerlas en palabras.

PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA 2015

JUAN ESLAVA GALÁN

*Misterioso asesinato
en casa de
Cervantes*

